Gracias, Morris Venden

Nicolás Bertoa

jesusyyo.com

ÍNDICE

Prólogo 3

I — La estirpe 5

II — La universidad 12

III — El pastor que no conocía a Jesús 17

IV — Lynn 22

V — Los que Dios le mandó 31

VI — Lee 38

Epílogo 46

Fuentes 49

Prólogo

Hay libros que uno lee. Y hay libros que lo leen a uno.

No supe distinguirlos hasta que tuve el primero entre las manos. Era diciembre de 2018. Me acababa de bautizar —el veintinueve de ese mes, en Brasilia, en un encuentro anual del ministerio Momentos a Solas con Cristo. Alguien había recomendado un libro durante ese encuentro: *95 Tesis acerca de la Justificación por la Fe*, de un pastor llamado Morris Venden. Lo conseguí. Lo abrí. Y desde la primera tesis sentí algo que no sabía cómo nombrar todavía: que este hombre había entendido algo que yo había buscado sin saber que lo buscaba.

Para ese entonces yo había leído bastante. Conocía la doctrina adventista. Podía sostener conversaciones teológicas con cierta solidez. Pero había una diferencia entre conocer las respuestas y conocer a Alguien —y esa diferencia, que Morris nombraba con una precisión casi quirúrgica, era exactamente la que yo vivía sin poder articularla. Leerlo fue como escuchar a alguien decir en voz alta algo que uno había pensado en silencio.

Supe desde esa primera lectura que era un autor distinto. No distinto en el sentido académico —aunque dominaba la Biblia y el Espíritu de Profecía con una facilidad que pocas veces he visto. Distinto en el sentido de que explicaba las cosas más complejas de la vida espiritual como si le estuviera hablando a un niño de cinco años, y el niño entendía, y el teólogo también, y los dos salían con algo que podían usar esa misma tarde.

Lo que vino después fue providencia. Con los años, Jesús fue poniendo cada libro de Morris en mis manos de maneras que no siempre se pueden explicar con lógica. Uno llegó desde Estados Unidos como regalo de cumpleaños —era uno de los que me faltaban. Otro lo encontré en una

página perdida de internet después de buscarlo durante casi un año, alquilable por captura de pantalla, con una llave en la tapa que se parecía demasiado a la imagen que había visto mientras oraba esa misma semana. Fui leyendo. Fui traduciendo. Más del ochenta por ciento de sus libros no estaban en español, y poco a poco fui pasándolos a nuestro idioma para que otros pudieran leerlos.

En 2020 empecé con las *95 Tesis*. En 2025, con el último libro. Cinco años de trabajo que no fueron un proyecto —fueron una conversación. Jesús elegía el libro, lo hacía aparecer, y después se sentaba a leerlo conmigo.

Nunca pensé que ese proceso terminaría aquí. En un libro sobre él.

Pero así funciona la gratitud cuando es genuina: no se queda en silencio. Busca la manera de decirse.

Este libro es esa manera. Es todo lo que sé de Morris Venden —de dónde vino, qué le costó el ministerio, qué hizo Dios con su dolor, a quién tuvo el privilegio de servir. Está escrito con las palabras de sus hijos, con sus propios testimonios, con los rastros que dejó en cuarenta y dos libros y en miles de vidas que nunca lo conocieron en persona. Está escrito con el único tono que le corresponde a una carta de gratitud: el de alguien que tiene mucho que agradecer y finalmente encontró las palabras.

No soy biógrafo. Soy lector. Y a veces los mejores biógrafos son los lectores.

Nicolás Bertoa

I — La estirpe

El abuelo Nels vino de Noruega junto con sus hermanos Knute, Ole y Martin. La familia se estableció en el estado de Wisconsin, en una comunidad agrícola, con los antecedentes luteranos de gente del viejo continente que temía a Dios y lo amaba.

Un día, Nels se puso a leer la Biblia y tropezó con los Diez Mandamientos. Algo le llamó la atención. Fue a buscar el almanaque, lo revisó, y entonces le dijo a su esposa: Madre, creo que no hemos entendido lo que dice la Palabra de Dios. Así empezó a guardar el sábado, sin saber que había otras personas en el mundo que hacían lo mismo.

La novedad se divulgó entre la comunidad agrícola. Un día, un colportor adventista que se dirigía al oeste del país llegó a esa zona en una carreta tirada por caballos. Se detuvo en una explanada del camino y preguntó a los agricultores si había allí alguna Iglesia Adventista del Séptimo Día. Los agricultores preguntaron qué era eso. El colportor reformuló: ¿Vive por aquí alguien que adora en el día sábado? Sí, dijeron. Por aquí vive un hombre de apellido Venden. E indicaron a cuántos postes de distancia estaba la finca.

El hombre se presentó en la entrada precisamente cuando el sol se ponía un viernes de tarde. Descendió de la carreta y preguntó: ¿Usted se apellida Venden? Sí. ¿Es usted adventista del séptimo día? Nels no supo qué responder: ¿Qué es eso? El colportor preguntó entonces: ¿Guarda usted el sábado? Sí, señor. Bien, dijo el colportor. Permítame estrecharle la mano.

Así conoció el abuelo Nels al primer adventista de su vida.

Lo invitó a quedarse ese fin de semana. Se sentaron a la mesa del comedor, el colportor sacó algunos libros y empezó a explicar cosas sobre las cuales Nels había estado pensando. A la abuela no le gustó nada el asunto. Se sentó en un rincón y comenzó a tejer furiosamente. Pero no pudo evitar escuchar con un oído, y pronto atravesó el comedor y se sentó con ellos. Ese fin de semana, Nels Venden se hizo adventista del séptimo día. Más adelante se mudó con su familia a la Costa Oeste. Todos sus hijos e hijas y sus descendientes, más de setenta, fueron adventistas cristianos.

Cuando se estaba muriendo, su hijo tenía nueve años. Toda la familia estaba reunida alrededor de su cama. El abuelo Nels oró para que todos se encontraran en el cielo, y pidió a los presentes, uno por uno, que prometieran encontrarse de nuevo con él.

✦ ✦ ✦

El hijo de Nels fue predicador. Lo hizo junto a su hermano, el tío de Morris, celebrando campañas evangelísticas en distintas ciudades. Morris los acompañaba desde pequeño. Antes de ponerse a fabricar aviones de papel en el aserrín del auditorio, cumplía siempre con un pequeño ritual: se paraba frente al letrero que colgaba en la parte trasera del salón y seguía con la vista las líneas de cada letra en negrita. *¿De qué le aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiera su propia alma? Marcos 8:36.* Décadas después, Morris diría que esas letras todavía ardían en su visión.

En un pueblo de Michigan, cerca de un lugar llamado Otter Lake, su padre llevaba a Morris los sábados a una iglesia pequeña que se reunía por la tarde. El padre quería que sus hijos aprendieran a tocar el piano y les pagaba diez centavos la hora para practicar. La conciencia de Morris lo molestaría por años por algunas de las horas que fingió para cobrar sus diez centavos. Pero aprendió a tocar una canción, la favorita de su padre. Así

que cuando el padre se levantaba a cantar en esa iglesita, Morris lo acompañaba al piano. Era la única canción que sabía.

En esa misma iglesia había una mujer cuyo marido no quería saber nada de la religión. Cuando el padre de Morris llegaba a visitarlo y llamaba a la puerta principal, el hombre se escabullía por la puerta trasera. La mujer siguió orando. Entonces, una noche en medio del invierno de Michigan, sonó el teléfono en casa de los Venden. El padre se levantó para atenderlo y se enteró de que ese hombre estaba pidiendo un predicador. Salió a la nieve profunda y fue hacia Otter Lake. Encontró al hombre con un ataque cardíaco severo. El dolor era tan intenso que no podía sentarse ni acostarse. Estaba apoyado en una posición intermedia, jadeando, tratando de no gritar. Cuando el padre de Morris entró, el hombre lo miró y le dijo: Predicador, si puede hacer algo por este pobre hombre, hágalo, y hágalo rápido.

En Michigan también estaba la casa de la abuela, con su leñera en la parte de atrás. Un día, Morris y su hermano estaban jugando allí. Morris tenía cuatro años, su hermano seis. Una avispa picó al hermano, que empezó a gritar, llorar y saltar. Morris se burló de él. Hasta que la avispa lo picó a él. Ese fue el primer dueto que los dos hermanos cantaron juntos.

✦ ✦ ✦

En esos años la familia vivía en Glendale, California, a una milla y media de donde residía H.M.S. Richards, el fundador de La Voz de la Profecía. Alrededor de las subdivisiones del barrio había colinas vacías, secas y polvorientas, y al padre de Morris le gustaba subir allí a caminar, a alejarse del ruido. Una noche encontró a Richards sentado en una roca. Le preguntó qué lo traía por ahí, si un poco de ejercicio. Richards respondió: No. Estaba orando por Los Ángeles. El padre preguntó por qué oraba por

una ciudad tan grande. Y Richards dijo: No puedo evitarlo. Simplemente no puedo evitarlo.

Morris tenía entre siete y nueve años cuando eso ocurrió. No estaba en las colinas esa noche. Pero su padre se lo contó, y la imagen quedó: un hombre sentado en una roca en la oscuridad, orando por una ciudad que dormía sin saberlo.

✦ ✦ ✦

Los Venden vivieron en Modesto, California. Tenían un huerto, y a Morris le tocaba sacar las malezas antes de que su padre regresara de su obra evangelizadora. Pasaba las tardes debajo del sol de Modesto, rodeado de mosquitos. Pero la tarea dejaba de parecerle agotadora cuando su padre regresaba a casa y lo ayudaba. Con los años, Morris mandaría a sus propios hijos a desmalezar el jardín, y vería cómo sus ojos se iluminaban cuando él se unía a ellos.

También vivieron en la ciudad de Nueva York, donde Morris cursó el primer grado en una escuela patrocinada por la iglesia en Brooklyn. Ese año trabajó duro en las clases progresivas, esperando la noche de la investidura. Cuando llegó, el director de jóvenes colocó sobre la mesa los certificados, los broches y los pañuelos. Los estudiantes mayores recibirían pañuelos grandes con sujetadores de plástico brillante. Los de primer grado recibirían un pequeño pañuelo verde y tendrían que atarse los extremos con un nudo. Morris le sonrió desesperadamente al director, esperando que notara algo. No funcionó.

Cuando la reunión estaba por terminar, alguien tuvo una idea: el padre y el tío de Morris eran evangelistas celebrando reuniones en el Carnegie Hall, por lo que los invistieron allí mismo como Guías Mayores, con sus sujetadores de plástico y todo. Morris sabía perfectamente que ninguno de ellos había cumplido siquiera los requisitos de primer grado. Siguió

amando a sus padres. Respecto al director de jóvenes, no estaba del todo seguro. La experiencia lo alejó del trabajo de clases progresivas por unos veinte años.

✦ ✦ ✦

En séptimo grado, el padre de Morris estaba celebrando reuniones públicas en Saginaw, Michigan. Había una pequeña escuela religiosa de ocho grados, con trece estudiantes en total. La maestra tenía solo dieciocho años y era su primera escuela. Un día, algunos estudiantes estaban hablando de ella en el patio de recreo, debajo de la ventana del aula. Morris llegó a la esquina del edificio justo a tiempo para escucharlos decir que no creían que fuera una buena maestra y que esperaban conseguir una mejor. Cuando todos en el grupo estuvieron de acuerdo, lo natural era unirse. Morris dijo: A mí tampoco me gusta.

Justo en ese momento notó un movimiento a través de la ventana abierta de arriba. Miró hacia arriba. Su maestra estaba parada detrás del piano, donde estaba segura de que no podrían verla. Pero Morris pudo verla. Nunca olvidaría la expresión en su rostro. Ella no los miraba. Miraba al suelo. Y las lágrimas caían.

Morris corrió a casa. Esa noche no pudo dormir bien. Al día siguiente tuvo que escribirle una notita y pedirle que lo perdonara. Lo sintió mucho. No porque hubiera roto una regla, sino porque había decepcionado a una amiga.

✦ ✦ ✦

La disciplina en casa de los Venden venía de las tradiciones noruegas del viejo país. Un día Morris entró sonriendo después de un castigo con el periódico y le dijo a su madre: Eso ni siquiera me dolió. Fue su gran error. Ella se lo contó al padre, y fue entonces cuando la manguera del inflador de

neumáticos entró en escena. Pero Morris nunca le guardó rencor a su padre. Siempre supo que era amado y aceptado.

El peor castigo que recibió fue el que no lo tocó. Un verano, la familia fue de vacaciones al campamento Pottawatomie, en una isla en medio del lago Gull en Michigan. Tenían todo: las canoas, el paseo marítimo, las lanchas rápidas, la natación. Y también se tenían el uno al otro, que era exactamente el problema. Morris y su hermano peleaban. Pelea, pelea, pelea. Le estaban arruinando las vacaciones a sus padres. El padre intentó todo: les quitó los privilegios frente al mar, el postre, la cena, la manguera. Nada funcionó.

Finalmente los llamó a la cabaña. Se sentaron en el borde de la cama, esperando ver qué seguía. Pero el padre se había quedado sin soluciones. Intentó pensar en algo y no encontró nada. Intentó hablar y no había nada que decir. Y entonces, en una de las pocas veces en su vida que Morris lo vio así, las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de su padre grande y fuerte.

Morris podía soportar el castigo físico. Pero no podía soportar las lágrimas de su padre. Por primera vez entendió lo que sus peleas le estaban haciendo. Lo lamentó de verdad. Porque se dio cuenta de que le había roto el corazón a su mejor amigo, el que había hecho tanto por él.

✦ ✦ ✦

Su padre le decía: Hijo, hay mucha gente, incluso personajes de la Biblia, que han hecho muchas cosas mal. Pero nunca olvides esto: la diferencia entre los justos y los malvados es que los justos saben pedir perdón.

Morris no lo olvidó. A los cuatro años le había mentido a su padre. Más tarde, al observar a sus propios hijos de cuatro años, no podía entender cómo un niño de esa edad podía mentir, ni mucho menos saber lo que

significa una mentira. Pero él recordaba la suya claramente. Durante siete años su conciencia le habló de ella. Cuando cumplió once, una noche tuvo que levantarse de la cama, ir al cuarto de su padre, despertarlo, y pedirle que lo perdonara por una mentira de cuando tenía cuatro años.

✦ ✦ ✦

La tía Lucy tenía una vieja yegua gris llamada Nell. Cuando visitaban la casa de la abuela, Morris iba a la ciudad en la parte trasera del carruaje, con la tía Lucy y la vieja Nell. Tenía tres años. No estaba para nada dispuesto a tomar las riendas. Estaba perfectamente feliz dejando que la tía Lucy condujera.

Y el carnaval llegó a la ciudad una vez, cuando Morris era chico. Todos los demás asistían. Morris y su hermano sabían lo que diría su padre, pero le preguntaron igual. Para su sorpresa, el padre respondió: Creo que es hora de que tomen sus propias decisiones. Ya saben lo que pienso, pero se los voy a dejar a ustedes. Fueron al carnaval. La primera mitad fue tremenda. Gastaron su dinero como agua, lo intentaron todo. Luego empezaron a marearse y a sentirse mal del estómago. Cuando salieron esa noche, sabiendo que su padre estaba en casa orando por ellos, descubrieron que fue divertido mientras duró. Pero no duró.

II — La universidad

Morris se fue al Colegio La Sierra para ser ministro, vaquero o baterista de jazz. Solo ofrecían una de esas tres opciones, así que eligió esa. Su padre le dijo que le costaría veinticinco dólares al mes tenerlo en casa, así que se los mandaría y Morris trabajaría para cubrir el resto. Asistir a La Sierra costaba mil dólares al año.

Su hermano había llegado dos años antes y conocía a todo el mundo. Morris no conocía a nadie. Las primeras semanas fueron una prueba. Un viernes ya no pudo más. Se metió un paquete de tarjetas de vocabulario griego en el bolsillo, pensando que las memorizaría en el camino, y comenzó a caminar las trescientas o cuatrocientas millas hasta casa. No aprendió nada de griego porque estaba buscando un aventón. Se quedó bajo el sol del desierto durante una hora. Diez viajes después, al amparo de la oscuridad, se encontró caminando por la calle de su cuadra. Subió sigilosamente al porche y miró por la ventana. Su padre predicador estaba sentado junto a la chimenea, repasando las notas del sermón del día siguiente. Su madre estaba leyendo. Abrió la puerta, saltó adentro, y dijo lo que siempre decía cuando entraba a casa: ¡Vamos a comer!

Su padre casi se tragó la nuez de Adán de lo sorprendido que estaba. Saltó, vino y lo abrazó. Era todo lo que Morris esperaba. Pero su madre se quedó sentada en silencio. Morris se acercó, la besó y le dijo: ¿No te sorprende, mamá? No. ¿Cómo? Sabía que vendrías.

✦ ✦ ✦

En La Sierra, Morris hizo todo lo posible por salir adelante. Intentó ceñirse al cargo mínimo mensual de comida para los varones, que era de veinte dólares. Un mes logró mantenerse dentro del mínimo de las chicas:

dieciséis. Le dijeron que más valía que bajara al comedor y tomara algo para compensar la diferencia. Así que fue y regresó a su habitación con cuatro garrafones de un galón de sidra nueva. Se volvió muy popular en su pasillo, especialmente después de unos días, cuando empezaron a notar la diferencia entre la sidra nueva y la sidra vieja.

Uno de sus compañeros que trabajaba en la chacra del colegio llegó una mañana al dormitorio con una bolsa de cereal elaborado destinado a alimentar a las vacas. Las vacas pueden comer pasto, dijo, nosotros comeremos el cereal. Lo puso en el armario. Todos sus vecinos venían cada mañana con su tazón y lo sumergían en la bolsa. La verdad es que el cereal había sido recogido del suelo con escobas en la fábrica. Una mañana descubrieron algunas marcas en él. De allí en adelante todos se fueron sin falta y en línea recta al comedor.

✦ ✦ ✦

Durante su primer año en La Sierra, Morris asistió a la clase de oratoria. En esa clase había un estudiante tartamudo que físicamente parecía un patito feo. A pesar de sus problemas de dicción, el joven demostró que mediante el esfuerzo y la motivación del Espíritu podía vencer sus limitaciones y llegar a hacer una contribución real a la obra de Dios. Muchos de los líderes estudiantiles populares y carismáticos de ese año, los que tenían el carisma y el don natural para hablar, desaparecieron del movimiento con el tiempo. El patito feo, no.

También en ese período, el maestro de Biblia entró al salón un día con una pila de libros gruesos e inéditos y dijo que les beneficiarían. Morris compró un ejemplar junto con el resto de la clase. El autor era Taylor Bunch y el título era *El movimiento del Éxodo y el Adventismo, en tipo y antitipo*. A primera vista le pareció excesivamente aburrido. El ejemplar terminó en el estante inferior de su dormitorio y allí permaneció durante años. Mucho

tiempo después, motivado por un interés creciente en el tema de la salvación por fe, lo tomó, lo desempolvó y comenzó a estudiar. Descubrió que era fascinante. De allí nació su libro "Del Éxodo al Advenimiento".

✦ ✦ ✦

Hacia el final de un año universitario, cansado por la presión de los estudios, Morris le dijo a su hermano, que era su compañero de cuarto, cuánto deseaba poder quedarse en cama durante una semana. Ese mismo día estaban saltando con garrocha en el campo de gimnasia. La pértiga de Morris se rompió. Cayó de cabeza y el golpe lo dejó inconsciente. Tuvo una conmoción cerebral, y también un extraño problema cardíaco llamado fricción pericárdica, un frotamiento producido por el trauma. Los estudiantes de Medicina de Loma Linda encontraban curioso escuchar los latidos de su corazón desde el otro extremo de la habitación. El médico le ordenó reposo en cama por una semana. Morris lo amó durante las primeras tres horas. Luego fue terrible.

Pronto lo supo su familia. Estaban a ochocientos kilómetros de distancia, pero más rápido de lo que él creyó posible se reunieron alrededor de su cama para consolarlo.

✦ ✦ ✦

En el verano entre su tercer y último año en la universidad, Morris fue a Nebraska para trabajar como colportor. Su madre metió el libro *El Colportor Evangélico* en su maleta. No podría haberle importado menos leer ese libro, hasta que se encontró en Sand Hills. Veinticinco mil acres por cada rancho. Se necesitan treinta acres para alimentar a una vaca. Allí, yendo de un molino de viento a otro, de una granja a otra, ese libro se convirtió en su posesión más preciada. Pronto descubrió que no podía vender los libros, que solo Dios podía hacerlo. Las circunstancias lo

llevaron a arrodillarse y a experimentar una comunión con Dios que nunca había tenido en ningún otro momento.

Cuando volvió a la escuela al año siguiente, descuidó la Palabra de Dios y la oración. Sintiéndose respaldado por la experiencia espiritual del verano anterior, creyó que no necesitaba la comunión con Dios ahora que no estaba en Sand Hills tratando de vender libros. Su condición espiritual terminó peor que antes. Depender de la experiencia de ayer para hoy, no funciona.

✦ ✦ ✦

En 1959, Morris y su hermano participaron en una gira por Europa y el Medio Oriente junto con el Dr. Siegfried H. Horn. Al final del viaje, al llegar a Frankfurt, Alemania, habían comprado tantos recuerdos que se les había acabado el dinero. Les sobraban solamente alrededor de setenta centavos.

Recorrieron las calles buscando qué comer con esa suma. Encontraron una cafetería que ofrecía una comida por esa cantidad: pan negro alemán, papas y salsa. Pensaron que podría ser su elección, pero caminaron un par de cuadras más para estar seguros. De repente llegaron a un negocio de repostería alemana. Contemplaron la vitrina. Allí estaba la torta más hermosa que jamás habían visto. La cubierta era tan gruesa como la torta misma. Entraron y gastaron su último dinero en esa torta.

Se apresuraron hasta el parque más cercano, se sentaron cerca de una laguna y comenzaron a comer. Cada uno había engullido la mitad cuando las cosas comenzaron a ponerse negras. No querían desperdiciar nada, así que finalmente se comieron todo. Entonces comenzaron a turnarse: uno vigilaba mientras el otro se retorcía en posición horizontal sobre el banco del parque. Estuvieron sentados allí la mitad de la noche.

✦ ✦ ✦

Su hermano mayor también estudió en La Sierra. En su último año se enamoró de una joven y se comprometió para casarse. Eran compañeros de cuarto, y Morris estaba dos años detrás de él. La prometida había elegido trabajar en Glendale, California, a setenta y cinco millas de distancia. Las tardes de los sábados pesaban terriblemente sobre los hombros del hermano cuando no podía verla. Una tarde, durante uno de esos espantosos inviernos del sur de California, con niebla espesa, se puso la chaqueta y comenzó a caminar entre la niebla hacia Glendale. Los que estaban en el dormitorio, sabiendo de su situación, dijeron: sí, esto es lo más natural del mundo para él. Finalmente, alguien lo notó y vio su pulgar asomando entre la niebla, y llegó a Glendale esa noche.

III — El pastor que no conocía a Jesús

Morris Venden era adventista de tercera generación y pastor de segunda. Tenía el archivo, los sermones, las ilustraciones. Tenía el nombre de Richards, el de Vandeman, el de Fagal, el de su padre, el de su tío. Cada sábado subía al púlpito y predicaba con material prestado. Podía hablar de la doctrina de la iglesia, de los eventos de los últimos días, de las profecías. Lo que no podía hacer era predicar sobre Jesús, porque el día que lo intentó descubrió que estaba tratando de hablar de alguien que no conocía personalmente.

Cuando se dio cuenta de que se suponía que la esencia del evangelio era Jesús, pero su enfoque no estaba en Él, las cosas comenzaron a verse bastante sombrías. No hay nada más frustrante que ser ministro del evangelio cuando no conoces a Jesús. A medida que le salieron úlceras, lo entendió dolorosamente: a menos que conociera a Jesucristo a través de una experiencia personal, sería mejor buscar otro trabajo.

Su hijo Lee lo recuerda de esos años tirado en el suelo del living, con tres o cuatro años él, viendo a su padre acostado por el dolor de la úlcera sangrante.

En una de sus primeras iglesias, una anciana se le acercaba tras cada sermón para darle la mano. Con mucho cariño le decía: Pastor, fue un buen sermón. Pero será aún mejor cuando usted conozca a Jesús. Morris decía que no sabía si abrazarla o pegarle. Ella sabía algo que otros no decían, o quizás no sabían: que él conocía todos los términos, todas las frases, toda la teología y toda la doctrina, y que aun así no conocía personalmente a Jesús.

Se sentía tan frustrado y desanimado que pensó en abandonar el ministerio. Y no solo el ministerio, sino también la fe, el cristianismo, todo.

✦ ✦ ✦

En aquellos años, los pastores se reunían anualmente para los campamentos de la conferencia. Era tarea de los ministros levantar las tiendas de campaña. Así hacían su ejercicio anual, y pronto se agotaban. Después de levantar las primeras tiendas, se escondían detrás de ellas para curar sus heridas y pasar tiempo en discusiones teológicas. Algunos de los temas le resultaban a Morris bastante insignificantes: ¿Qué le pasa a una flor en el cielo si la recoges? ¿Los ángeles tienen alas? Le atormentaban esas discusiones, porque aparentemente todos sabían todo sobre el cristianismo, y por eso podían pasar el tiempo hablando de trivialidades que no tenían nada que ver con la salvación.

Decidió intentar algo. Reunió a algunos de esos ministros, uno por uno, y les hizo preguntas sobre la fe y la religión, y cómo podrían volverse reales. Como colega ministro, le daba mucha vergüenza admitir que tenía preguntas personales sobre esto, así que las abordó desde la tercera persona: Supongamos que tengo alguien en mi congregación que no entiende cómo ser salvo. ¿Qué le digo?

Las respuestas empezaron a llegar.

Dile que necesita conseguir una nueva vida desde arriba. Bueno, ¿cómo hace eso? Dile que extienda su mano y tome la de Dios. ¿Cómo hace eso? Tiene que caer sobre la Roca y ser quebrantado. ¿Qué significa eso? Significa que tiene que contemplar al Cordero. ¿Cómo puede contemplar al Cordero si no puede verlo? Bueno, tiene que mirar con el ojo de la fe. ¿Y cómo puede hacer eso? Al entregar su voluntad.

Morris volvió a casa de esa reunión más desanimado que nunca.

✦ ✦ ✦

Por ese entonces también debía asistir a reuniones de capacitación pastoral en su zona. Mientras estaba allí, bajo el pretexto de preguntar por un miembro, intentó buscar ayuda de sus colegas con las mismas preguntas disfrazadas. Las respuestas que recibió le parecieron igualmente vagas. Salió de esa reunión listo para dejarlo todo, cuando algo pareció decirle: tal vez encuentres ayuda en un libro llamado *El Camino a Cristo*.

Lo sacó y comenzó a leer, subrayando todo lo que le decía que debía hacer. Cuando terminó, había subrayado casi todo el libro. También descubrió de dónde venían todas las frases intangibles que había escuchado de sus colegas: estaban todas ahí. Contemplar al Cordero, el ojo de la fe, rendir la voluntad, caer sobre la roca. Cuando terminó el libro, estaba lo suficientemente enojado como para tirarlo a la chimenea, porque las frases subrayadas todavía eran irreales e intangibles.

Pero cuando se detuvo a pensar, descubrió que algo extraño había sucedido en su interior. Decidió intentarlo una vez más. Esta vez releería el libro subrayando solo las cosas concretas que sabía cómo hacer. Para su sorpresa, subrayó solo tres cosas: estudio bíblico, oración y compartir.

No fue una noticia agradable, porque preferiría haber leído la guía telefónica que la Biblia. Pero pensó que sería mejor darle una oportunidad. Se sentó con esa pequeña receta para el éxito: leer mucho la Biblia cada día y orar un poco para hacer feliz a Dios. Deja que esta mezcla se cocine en el horno durante media hora y el resultado será la tarta de la victoria. Pero la tarta de la victoria no salió.

Entonces, un día, mientras estaba leyendo, se encontró con la historia de Nicodemo. Comenzó de nuevo con su pequeña fórmula de estudiar la Biblia y orar, pero esta vez buscando las Escrituras con el propósito específico de familiarizarse con Dios, de aprender a conocer a Jesús.

✦ ✦ ✦

Durante el primer año de su ministerio, alguien llamó a Morris al lecho de un moribundo. Sus familiares y amigos querían que orara y lo ungiera. En ese momento, Morris creía que si alguien podía creer lo suficientemente fuerte y tomar el coraje de Pedro y Juan en la Puerta Hermosa, y decir: En el nombre de Jesús, levántate, eso sucedería. Y que Dios no actuaría a menos que alguien hiciera eso.

Fueron al lecho del hombre. Lo ungieron con aceite y oraron. Cuando abrieron los ojos después de la oración, Morris miró a su alrededor para ver quién tendría el coraje de Pedro y Juan. Pero todos lo estaban mirando a él. No tuvo el coraje. Murmuró unas palabras sobre cómo Dios responde a las oraciones de diferentes maneras, a veces de inmediato y a veces más tarde, y se retiró apresuradamente. El hombre murió. Y Morris llegó a creer que lo había matado por no tener suficiente fe.

✦ ✦ ✦

El descubrimiento llegó en Sacramento. Morris había estado estudiando el tema de la vida victoriosa y estaba comenzando a concluir que todo el proceso de la santificación se basaba en la comunión continua con Jesús. Una mañana le pidió a Dios una muestra: Por favor, Señor, esto suena como la respuesta. Creo que entiendo la teoría, pero necesito experimentarla. Por favor, dame un ejemplo hoy.

Siguió con su trabajo y se olvidó por completo de esa oración hasta el mediodía, cuando conducía por una calle muy transitada de Sacramento. De repente lo asaltó una tentación, y en el momento en que lo hizo, un escalofrío como una descarga eléctrica lo recorrió, lo cual no tenía sentido porque era un caluroso día de verano. Su repulsión ante la tentación provocó el escalofrío. Y al mismo tiempo la tentación desapareció, y

aunque lo intentó por un momento, no pudo recordar qué había sido. Era como una especie de amnesia.

Se detuvo en la acera. No pudo contener las lágrimas. Inclinó la cabeza y le pidió a Dios que lo ayudara a nunca olvidar ese momento.

IV — Lynn

Morris Venden y su esposa Marilyn tuvieron tres hijos: un niño y dos niñas. Su segundo hijo fue una niña. Lynn aparentemente tuvo un parto normal, y fue una bebé feliz y activa. Llegó a ser una niña hermosa, rubia, de ojos azules. Nada en su apariencia sugería que fuera discapacitada. Sabían que era hiperactiva, y también que parecía algo más lenta que su hermano, pero pensaron que esa era su manera.

Cuando Lynn estaba lista para comenzar la escuela, su madre la llevó a un pediatra para el examen preescolar. El médico reflexionó sobre ella un poco más de lo habitual y sugirió algunas pruebas adicionales. Finalmente diagnosticó que Lynn tenía un trastorno genético recesivo llamado PKU, fenilcetonuria, que causa daño cerebral. En algunos casos, el niño acaba siendo poco más que un vegetal. En otros, como el de Lynn, el daño es menos severo.

No se sabía mucho al respecto cuando ella nació, así que sufrió el daño cerebral en su primera infancia. Morris diría décadas después que no sabía cuántas veces le había pedido a Dios que le permitiera cambiar de lugar con ella.

✦ ✦ ✦

Descubrieron que Lynn no podía asistir a la escuela de la iglesia, porque no tenía instalaciones para educación especial. Tendría que asistir a una escuela especial para niños discapacitados. Una de las cosas más difíciles que Morris y Marilyn tuvieron que hacer fue marcharse y dejarla allí ese primer día de clases. No tomó mucho tiempo conocer los hechos y las estadísticas sobre la condición de su hija, pero aceptar la discapacidad fue un asunto completamente diferente. La mayoría de los compañeros de

clase de Lynn tenían desventajas obvias a simple vista, pero Lynn lucía tan normal y hermosa como siempre. Cada día que la llevaban a la escuela era un desgarrador recordatorio de su dolor. Morris la dejaba en la escuela y luego lloraba de camino a casa.

El dolor se puso de relieve a lo largo de los años, mientras observaba a Lynn luchar con tareas simples, como aprender a decir la hora. Fueron necesarios años. Incluso cuando era adolescente, todavía le resultaba confuso. Las matemáticas eran particularmente un misterio. Morris se imaginaba el cielo y cómo sería para ella. Veía a Lynn recitando sus tablas de multiplicar. Lo había intentado con todas sus fuerzas, durante tanto tiempo, con tan poco éxito.

Las primeras semanas después de enterarse de la discapacidad, les resultó imposible disciplinarla. Estaban consumidos por la culpa, preguntándose cuántas veces la habían castigado en el pasado cuando ella realmente no había entendido por qué, o qué se esperaba de ella. Fue su hijo de ocho años quien los interrumpió diciendo: Desde que descubriste que Lynn está enferma, puede hacer lo que quiera y nunca será castigada. Cuando un niño es discapacitado, toda la familia es discapacitada.

Marilyn llevó la mayor parte de la carga. Morris tuvo la oportunidad de escapar en el trabajo fuera de casa, pero ella se enfrentaba a la tensión constante, al andar a tientas en la oscuridad buscando la manera correcta de relacionarse con su hija.

✦ ✦ ✦

Lee, el hijo mayor, apenas dos años mayor que Lynn, fue comprensivo y protector. Una vez andaban en bicicleta juntos por el barrio. Un grupo de niños en la esquina, que sabían que Lynn estaba en educación especial, se burlaron de ella. Su hermano se bajó de la bicicleta, se acercó y golpeó a

todo el grupo. Morris diría que eso lo hizo muy feliz, y que nunca sintió ningún remordimiento por eso.

Las oraciones de Lynn eran diferentes a las de los otros niños. Morris y su hermano habían orado durante años todas las noches la misma oración rutinaria: Ayúdanos a no tener malos sueños, ayúdanos a no pensar en la guerra, y ayuda al diablo a no entrar por la ventana. Mientras otros niños oraban bendiciendo a los misioneros y a los colportores, Lynn derramaba su corazón a Dios, arrodillada junto a su cama por la noche, hablándole con calidez y facilidad, como a un amigo.

El año en que Lynn tenía dieciséis, su hermano, que trabajaba en campamentos de verano, la animó a conseguir un puesto en uno de ellos. Ayudó en la cocina. Se hizo amiga de algunos miembros del personal que eran cristianos genuinos, y durante ese verano Lynn comenzó a sentir el tirón del Espíritu Santo en su corazón de una manera especial. Morris diría que nunca dudó de que lo que Lynn experimentó ese verano fuera una conversión genuina.

Lynn quería ser bautizada, pero estaba demasiado nerviosa para ir delante de todos en la iglesia. Así que reunieron a un grupo de amigos, un sábado por la tarde, en una piscina al aire libre en el patio trasero de alguien, y tuvieron un servicio bautismal solo para ella, completo, con cantos y todo lo demás. Ella estaba encantada.

✦ ✦ ✦

Una tarde, cuando Lynn era adolescente, se acercó a Morris y le contó lo desanimada que estaba, y cómo se preguntaba qué le depararía el futuro. Morris quería consolarla. Recordó un sermón que había escuchado una vez y lo usó. Le habló de cómo todos los que alguna vez vivieron o murieron se van a encontrar algún día. Millones en el interior de una Ciudad mirando hacia afuera, y millones en el exterior mirando hacia

adentro. Y Dios va a necesitar a alguien en el interior que haya pasado por todo lo que los de afuera pasaron, y que aun así haya permanecido fiel a Él.

Hizo que Lynn se imaginara a alguien de los días del Diluvio. Y en el exterior de la Ciudad hay alguien que dice que no fue justo: En los días en que viví, la maldad del corazón de los hombres era continua. No pude ser cristiano en los días del Diluvio. Dios no discute, no dialoga, simplemente dice: Noé, por favor ponte de pie sobre la Muralla. Noé se pone de pie y no hay nada más que decir.

Llegó a los días de Cristo. Hay alguien en el exterior que dice: Fue demasiado difícil para mí ser cristiano. Si hubiera sido cristiano, me habrían apedreado. Y Dios dice: Esteban, ¿te pondrías de pie sobre la Muralla? Esteban se pone de pie y no hay nada más que decir.

La Edad Media. Alguien levanta su puño y dice: No fue justo. Me habrían quemado si hubiera sido cristiano. Y Dios dice: Huss y Jerónimo, por favor pónganse de pie sobre la Muralla. Y todas las voces se silencian.

Entonces Morris le habló de una chica adolescente en el exterior que tenía una discapacidad, y que levanta su puño hacia Dios y dice: Fue demasiado difícil para mí ser cristiana con mi discapacidad y mi desaliento.

Y justo en ese momento Lynn dijo: Papá, lo entendí. Lo entendí. Y estaba llorando. Vio el privilegio de ponerse de pie y ser contada entre la guardia de honor que permanece fiel sin importar lo que pase.

✦ ✦ ✦

Casi desde el principio estuvo la pregunta: ¿deberían orar por la sanidad de Lynn? La idea persistió durante años, a menudo en el fondo, sin que nadie se atreviera a traerla al frente. Morris tenía miedo. Su comprensión de la sanidad era que Dios podía concederla si uno tenía gran fe y gran justicia, y

no pensaba que pudiera calificar. Cada vez que la pregunta surgía, encontraba razones para posponerla.

Entonces una noche llamaron a Morris al lecho de un moribundo. Sus familiares querían que lo ungiera. Oraron. Cuando abrieron los ojos, todos lo miraban a él esperando que alguien tuviera el coraje de Pedro y Juan en la Puerta Hermosa y dijera: En el nombre de Jesús, levántate. Morris no tuvo el coraje. Murmuró unas palabras sobre cómo Dios responde de diferentes maneras y se retiró apresuradamente. El hombre murió. Y Morris llegó a creer que lo había matado por no tener suficiente fe. El recuerdo de esa experiencia permaneció con él. No quería cometer el mismo error con su propia hija.

Los años pasaron. Un día en la iglesia, una mujer fue ungida y sanada de manera evidente. Lynn estaba presente. Cuando terminó el servicio, fue a buscar a su padre y le preguntó: Papá, ¿por qué no podés orar así por mí, y que Dios me sane?

Morris no supo qué responder. Le dio un libro sobre el tema de la sanidad para que lo leyera. Lynn ya amaba la Biblia para niños que le habían comprado, especialmente las historias de Jesús sanando a la gente. Pero el libro sobre sanidad estaba mucho más allá de lo que podía entender. Después de trabajar en él durante un tiempo, se lo devolvió a su padre y le dijo: Papá, Jesús no hacía leer libros a la gente antes de sanarlos.

Lynn siguió preguntando, de todas las formas que se le ocurrieron, sin exigir, pero sin olvidar. La familia fue invitada al campamento de Oregon. El sábado bautizaron a una niña que contó que había sido sanada de un problema físico de larga data. Lynn estaba en la audiencia. Al día siguiente, en el auto de regreso a casa, dijo: Papá, ¿te fijaste en esa niña que fue bautizada ayer? Sí. ¿No fue genial que Jesús la sanara? Me gustó esa parte.

Morris comenzó a estudiar el tema de la sanidad en serio. Lo que encontró lo fue liberando del miedo. No era la cantidad de fe ni la rectitud del que pedía lo que marcaba la diferencia —era la misericordia de Dios. Y si Dios a veces decía no a sus amigos más cercanos, era para poder llegar a los que estaban más lejos, y siempre compensaba el no con algo mejor. Con esa comprensión, el miedo desapareció. Él y Marilyn ya no tenían miedo de acercar a Lynn a Jesús con ese pedido.

Le compartieron estas verdades a Lynn para que estuviera preparada para cualquier respuesta. Pero su fe ya estaba lista desde hacía mucho tiempo. Ella dijo con calma: Está bien si Dios no me cura. Sé que no será mi culpa. Puedo aceptarlo si es Su voluntad, y puedo esperar hasta que Él venga. Pero todavía quiero pedírselo.

Fijaron una fecha. Se reunieron con amigos cercanos y familiares, y presentaron la petición al Señor. El Espíritu de Dios estuvo muy cerca, y fue una experiencia bendecida. No hubo relámpagos, ni ángeles, ni fuego del cielo. Solo esto: el día había estado nublado desde la mañana. Pero durante la oración, por unos pocos momentos, el sol apareció y entró por la ventana justo sobre Lynn, bañándola de luz. Fue lo que más impresionó a Lee. Lo vieron como una comunicación especial del cielo.

Uno o dos días después, a través de diversos medios, Dios les hizo saber que la respuesta era no. Junto con el no vino una paz que no habían conocido antes, y la certeza de que Él permanecería con ellos.

Fueron liberados para concentrarse en descubrir las cosas que Lynn podía hacer, en lugar de notar tanto las que no podía. Ella siempre había amado a las personas mayores. Cada vez que Morris la llevaba a visitar el asilo de ancianos los sábados por la tarde, la timidez habitual de Lynn desaparecía. Al ver a otros que eran más débiles que ella, Lynn florecía.

Pudieron organizar que Lynn tomara el curso de auxiliar de enfermería en un asilo de ancianos cercano. Lynn pasó la clase tres veces antes de terminar. Pero terminó.

Después vino la licencia de conducir. El manual de normas de circulación de California era un libro difícil. Estudió y se esforzó mucho. Un día la llevaron a hacer el examen escrito. Cuando la llamaron por su nombre y le entregaron la prueba, Morris fue al frente del edificio a orar. La prueba parecía imposible. Pero ella pasó.

El siguiente obstáculo fue la prueba en la carretera. Morris investigó cuál era el lugar más fácil para tomarla. Antes de inscribirla, esperaron en el estacionamiento y siguieron a un oficial que llevaba a alguien a realizar la prueba, para conocer el recorrido. Fue un curso duro. Una intersección en particular era absolutamente imposible: cinco calles llegaban desde ángulos extraños con tráfico intenso desde todas las direcciones. Cuando llegaron a ese lugar durante el reconocimiento, Morris dijo: Oh, Dios mío. Estamos en un gran problema.

Cuando el oficial que pondría a prueba a Lynn salió, no parecía amable en absoluto. Morris quiso acompañarla, pero el oficial no se lo permitió. Lynn entró al auto y se fueron. Morris se apoyó contra el muro de piedra del Departamento de Vehículos Motorizados y comenzó a orar: Dios, por favor, haz algo. Por favor, envía a los ángeles a hacer algo.

Al poco tiempo, se detuvieron junto a la vereda. Lynn estaba sonriendo de oreja a oreja. El oficial se acercó y le dijo a Morris que había pasado. Cuando volvieron al auto, Morris le preguntó: ¿Qué pasó cuando llegaste a esa mala intersección? No había ni un solo coche allí, dijo Lynn. Ni uno. Seguí adelante.

✦ ✦ ✦

Quince años después del primer servicio de unción, toda la familia fue a Tierra Santa. Lynn también fue. Mientras se preparaban para el viaje, Lynn se acercó a Morris y le preguntó: Papá, ¿está bien pedir una unción por segunda vez? Siempre está bien pedir, ¿por qué, Lynn? Bueno, pensaba que cuando estuviéramos en Tierra Santa, en los lugares donde Jesús caminó, tal vez podríamos pedirle que me sane en los lugares donde Él sanaba a la gente. ¿Podríamos hacer eso?

Morris le dijo que sí. Le preguntó si tenía algún lugar en mente. Ella respondió: Sí. El Estanque de Betesda. El hombre tuvo una discapacidad durante treinta y ocho años, y esa es la edad que yo tengo. Tengo una discapacidad desde hace treinta y ocho años. ¿Podríamos orar allí?

Morris le dijo: Siempre está bien pedir. Pero voy a hacer esto contigo: no voy a presionarte. Cuando estemos allí, vos me decís: Papá, quiero hacerlo ahora, y tendré el aceite y oraremos en ese momento. Pero si no me decís nada, no te lo voy a preguntar. Si querés que lo hagamos, decís la palabra. De lo contrario, simplemente lo dejaremos pasar. Ella dijo: Entiendo.

Llegó el día. Estaban parados en la baranda de retención que mira hacia abajo al Estanque de Betesda. Lee y Lynn estaban uno al lado del otro. Lee miró a su hermana y ella estaba absorta en la escena, simplemente mirando fijamente. El conductor del autobús gritó que era hora de ir a la siguiente parada. Todos se dieron la vuelta y regresaron.

Esa noche en el hotel, Morris le preguntó en privado: Así que decidiste no tener la unción. Ella dijo que sí. Él le preguntó por qué. Ella respondió: Papá, ahora mismo sé que necesito a Jesús. No podría estar sin Él. Pero si Él me sanara, tal vez pensaría que ya no lo necesito, y tal vez lo dejaría fuera de mi vida porque ya no me sentiría necesitada. Decidí que prefiero saber que lo necesito hasta que llegue al cielo, antes que pensar que no lo necesito y perdérmelo.

✦ ✦ ✦

Lee vivía en St. Helena, al pie de la colina de Pacific Union College. Un domingo fue a visitar a su abuelo, el padre de Morris. El abuelo siempre escuchaba la transmisión del sermón del sábado anterior. Morris era el predicador en Pacific Union College, así que el abuelo escuchaba a su hijo predicar el domingo por la mañana. Cuando Lee bajó a desayunar, el abuelo le dijo: Lee, ¿sabés por qué acabo de escuchar otro sermón de tu papá? Me conmovió profundamente. Qué unción, qué mensaje tan poderoso. ¿Tenés alguna idea de por qué los sermones de tu papá son tan poderosos?

Lee respondió: Porque siempre habla de Jesús, abuelo. El abuelo dijo: Estoy seguro de que eso es parte de ello, pero no era en eso en lo que estaba pensando. Te voy a decir por qué predica sermones tan poderosos: está predicando desde el poder de un corazón roto. Cuando se enteró de que Lynn iba a tener retraso mental, deseaba tanto verla sana. Y sabe que la única forma en que ella alguna vez se va a recuperar es cuando Jesús venga. Por lo tanto, quiere hacer cualquier cosa y todo lo que pueda para promover la segunda venida de Jesús, porque quiere que Lynn esté sana. Está predicando desde el poder de un corazón roto, Lee.

V — Los que Dios le mandó

El teléfono sonó a las dos de la madrugada. Morris caminó a trompicones por el pasillo y levantó el tubo. Una voz de mujer al otro lado de la línea dijo: Señor, ¿puede ayudarme? Necesito ayuda. Morris preguntó qué clase de ayuda necesitaba a esa hora. La mujer respondió: Necesito encontrar a Dios. ¿Lo conoce usted?

Alice era una alcohólica de clase alta. Inteligente y educada, vivía en un cómodo apartamento en Sacramento. Pero el alcohol se había apoderado de ella, y su vida le parecía desesperada. Esa noche había decidido acabar con todo. Había tomado medio frasco de pastillas para dormir cuando entró en pánico y buscó el nombre de un predicador en la guía telefónica. Ese resultó ser Morris.

Después de una larga pausa, Morris respondió: Creo que lo conozco, y me gustaría conocerlo mejor. Me gustaría ayudarte a encontrarlo también. Alice dejó el teléfono a un lado para deshacerse de las pastillas que había tomado. Después de tirarlas por el desagüe, regresó. Hablaron durante tres horas sobre conocer a Dios. Morris le habló solo del amor de Dios y del poder de Jesucristo, y de cómo ella, una alcohólica indefensa, podía conocerlo.

Al día siguiente hablaron durante cinco horas más sobre ese único punto: la necesidad de conocer a Dios como un amigo personal. Al final de esas ocho horas, Alice hizo una oración pidiendo a Dios que la aceptara tal como era, y expresando el deseo de conocerlo mejor.

Según el procedimiento habitual, lo más inteligente hubiera sido sacar todo el alcohol de su alacena. Morris decidió dejar que Dios se encargara de eso. Mientras le enseñaba a conocer a Dios, día a día, ella tropezó una vez, y se sintió terrible. No por su incapacidad para lidiar con el alcohol, sino porque había decepcionado a Dios. Y mientras Alice continuaba buscando a Dios, su anhelo por beber la abandonó por completo.

✦ ✦ ✦

Charlie se sentaba en la última fila de una clase que Morris enseñaba en California. Era un poco mayor que los demás estudiantes, y no dejaba de mirarlo fijamente. Morris no quería mirarlo a los ojos. Cada vez que lo hacía, perdía el hilo de lo que estaba diciendo.

La clase se llamaba Dinámica de la Vida Cristiana. Un día, al terminar la clase, Charlie se quedó atrás y pidió hablar. Fueron a la oficina y se sentaron. Charlie dijo: No lo entiendo. Morris preguntó qué era lo que no entendía. No entiendo este asunto de la justificación por la fe, dijo Charlie. Entonces Morris le pidió que le contara un poco sobre sí mismo.

Solo hacía tres o cuatro meses, Charlie estaba sentado en una celda, esperando juicio por asesinato. Un día su madre fue a verlo. Estaba muriendo de cáncer. Trató de hablarle a través de los barrotes, pero solo podía llorar, y mientras ella lloraba, Charlie también comenzó a llorar. Ella le dijo adiós, y fue la última vez que la vio con vida. Charlie regresó a su celda y lloró durante tres días. Al final del tercer día, miró hacia el cielo y dijo: Si hay un Dios allá arriba, de verdad que te necesito.

Su caso llegó a la corte. Para sorpresa de todos, todos los cargos contra él fueron retirados, y salió por las calles de la ciudad como un hombre libre.

Fue a casa de la novia con la que había estado viviendo. Ella estaba teniendo un estudio bíblico con una obrera cristiana en la sala. Él dijo que

no, y se fue al fondo de la casa a esperar. Cuando la obrera se fue, su novia ya no estaba dispuesta a continuar la relación como antes. Le consiguió un lugar donde vivir y lo convenció de que viniera al estudio bíblico la semana siguiente. Charlie siguió asistiendo. Luego hubo reuniones públicas en el área de la Bahía de San Francisco, y fue a esas reuniones. Lo conmovió la historia de Jesús y de cómo Jesús había tomado su lugar y muerto por sus pecados. Charlie entregó su corazón al Señor y fue bautizado.

Pero todavía tenía un problema. En realidad, tenía cuatro. Todavía bebía, todavía maldecía, todavía fumaba y todavía usaba drogas. Luchó con todas sus fuerzas para dejarlo, pero cuanto más lo intentaba, peor le iba. Después de varias semanas de esfuerzos desesperados, miró hacia el mismo Dios al que había mirado en prisión y dijo: Dios, si algo va a suceder con estos problemas, vas a tener que hacerlo Tú. Y vas a tener que hacerlo todo.

Morris estaba al borde de su asiento. Le preguntó qué había pasado. Bueno, dijo Charlie, cuando llegué al punto en que hice esa oración, Dios entró en mi vida y me quitó el deseo por las cuatro cosas. Desaparecieron.

Entonces la obrera bíblica y su novia le dijeron que fuera a la universidad e hiciera algo con su vida. Charlie respondió que no podía, porque ni siquiera había terminado la secundaria. Le dijeron que tomara el examen GED. Solo una persona de cada cien lo reprueba, dijeron. Charlie tomó el examen GED y lo reprobó. Él era ese uno en cien. Entonces fue a Pacific Union College, donde Morris enseñaba en ese tiempo, y solicitó ingreso. A pesar de haber reprobado el GED, lo aceptaron.

Morris le preguntó cómo le estaba yendo. Bueno, dijo Charlie, inglés es la materia más difícil para mí. Estoy sacando A en inglés. Pero todavía no entiendo esto de la justificación por la fe. Morris quiso reírse. Le dijo: Espera, Charlie. La justificación por la fe es más que una teoría. Es una experiencia. Y me parece que el Señor ya te la dio.

Al día siguiente, Charlie contó su historia a la clase. Morris notó algo que no pudo pasar por alto: Charlie habló más acerca de Jesús que de Charlie.

✦ ✦ ✦

Durante su primer año en el ministerio, Morris trabajó en un pequeño pueblo cerca de Bakersfield, California. Era una iglesita llena de gente celosa en compartir su fe. Empezaron estudios bíblicos y la gente asistió. Una pareja joven no parecía conseguir todo lo que deseaba aprender en un estudio. Decían: Venga y estudie otro día con nosotros. Venga después del sermón y coma con nosotros y estudiemos un poco más. El apetito por las cosas de Dios parecía insaciable.

La joven esposa se parecía a la mujer de Apocalipsis 17, incluso para los estándares del mundo. Llevaba una media docena de collares pegados al cuello, los aretes le llegaban a los hombros, los brazaletes le cubrían los brazos, y todo rematado con un maquillaje de color morado. Morris no dijo nada sobre las joyas ni el maquillaje. Lo único que hizo fue estudiar la Biblia con ellos.

Y comenzó a ver cómo cambiaba lo que él llamaba la pintura del granero. Se puso nervioso. Pensó que algún vecino miembro legalista de la iglesia los estaba trabajando. Pero el milagro ocurrió gradualmente. El morado cambió a rojo y luego a rosa. Los collares disminuyeron de seis a cinco, cuatro, uno y finalmente a ninguno. Los aretes que le llegaban a los hombros se hicieron cada vez más cortos.

Un día llegó y encontró a ambos masticando pedazos de zanahoria. Preguntó qué estaban haciendo. Estamos tratando de dejar de fumar, dijeron. Morris preguntó si alguien les había hablado al respecto. No. Nadie les había dicho nada. Cuando Jesús entró, estas cosas habían desaparecido.

✦ ✦ ✦

Morris y su hermano celebraban reuniones evangelísticas en un pequeño pueblo. Alguien les entregó el nombre de un hombre del campo que era un prospecto interesado. Morris fue a verlo. Cuando le dijo que era un predicador que había venido a la ciudad para celebrar reuniones, el hombre respondió: ¡Oh, eres uno de esos predicadores! Lo invitó a pasar y pasó media hora intentando insultarlo, sorprenderlo y derribarlo. Dijo: He hablado con ese hombre del Cielo, como tú, y nunca obtuve ninguna respuesta. Al finalizar la visita, Morris le pidió que simplemente viniera. El hombre respondió: Sí, iré. Y te haré pasar un mal rato.

Y cumplió su palabra. Siguió viniendo a las reuniones, en las que hacían solo tres cosas: estudiar la Biblia, orar y testificar del amor de Cristo. Una noche salió y dijo: Oigan, ustedes tienen un argumento de venta bastante bueno. Unas noches más tarde, cuando salió, sus ojos brillaban. Dijo: Supongo que necesito lo que Jesús tiene para ofrecer. Poco después, ese hombre entregó su vida a Cristo. Morris nunca olvidaría el día en que entraron juntos al bautisterio. Era un hombre cambiado.

✦ ✦ ✦

En Oregon, Morris fue a visitar a una pareja que se había apartado de la iglesia. Estaban enojados con los predicadores y habían jurado que el próximo que llegara sería arrojado por la puerta. Cuando Morris fue a su casa, amablemente lo invitaron a entrar, y para su sorpresa le dijeron: Somos apóstatas. Y luego se rieron. Fue una risa que Morris nunca olvidaría, porque era una risa de nerviosismo, pero también de alivio. Pronto se hizo evidente que se habían apartado de la idea de que la religión consistía en lo que no se debía hacer. Morris no necesitó decir mucho más. Ya no estaban huyendo de reglas. Estaban listos para escuchar sobre una persona.

✦ ✦ ✦

En una iglesia que Morris pastoreó, decidieron tener una serie sobre el tema de la oración durante sus reuniones de los miércoles por la noche. Las discusiones se centraron en una pregunta: ¿Qué diferencia hace la oración? Alguien sugirió elegir un caso imposible y orar por esa persona para descubrirlo.

Ese mismo día, Morris había visitado precisamente ese caso. Había una familia en la comunidad que había sido miembro de la iglesia años antes y había estado incluso en el campo misionero. Pero alguien les había hecho mal, y se fueron amargados, desilusionados y enojados. Odiaban la iglesia. Odiaban a los predicadores. Cuando Morris salió de su casa ese día, le gritaron: ¡Y no oren por nosotros! Pero eso era algo sobre lo que no tenían control.

Morris mencionó los nombres de esa familia a su congregación. Todos los conocían. Fue realmente un caso imposible. Acordaron orar por ellos todos los días durante un mes, tanto en privado como en el culto de oración del miércoles, y decidieron no decírselo a ellos.

La primera semana de ese mes, la casa de la familia se quemó. La noticia salió en el periódico local. Cuando se reunieron para el culto de oración del miércoles siguiente, Morris preguntó a su congregación: ¿Por qué están ustedes orando, de todos modos? Siguieron orando. La segunda semana, el periódico informó que habían robado un valioso equipo que esa familia usaba en su negocio. Siguieron orando y observando.

El último sábado de ese mes, durante el culto, la puerta de la iglesia se abrió y entró toda la familia. Las cabezas se giraron, y luego rápidamente se volvieron hacia el frente, y la palabra voló de una persona a otra: están aquí. Después de la iglesia, una por una las personas vinieron a Morris y le dijeron: deberíamos orar más.

✦ ✦ ✦

En el campamento juvenil del congreso, Morris era uno de los encargados de la carpa. Tenían programas durante todo el día y una reunión nocturna. Después de eso, había una reunión de personal. Cuando terminaban, eran las once de la noche. Para tener un tiempo significativo a solas con Dios antes de que comenzara el día, descubrió que tenía que levantarse a las cuatro y media de la mañana.

Le dijo a Dios que, si quería que pasara tiempo con Él, tendría que despertarlo a las cuatro y media. Tiró su despertador y se fue a la cama. De repente se despertó sobresaltado. Miró su reloj. El segundero marcaba las cuatro y media exactas. Dios había tomado nota.

VI — Lee

Morris Venden predicaba los viernes por la noche. No desde el púlpito —desde la sala de estar de alguien. El grupo era pequeño, una docena de jóvenes a lo sumo, y tenían fama de ser los casos difíciles: los que hacían preguntas incómodas, los que estaban al borde de marcharse, los que nadie más sabía cómo alcanzar. Morris los reunía con regularidad y los tomaba en serio. Entre los que figuraban en su lista de oración sin saberlo estaba su propio hijo.

Lee llegó a su último año de secundaria siendo adventista de cuarta generación. Conocía las respuestas. Conocía las doctrinas. Había asistido a escuelas adventistas toda su vida. Pero había una diferencia —que él mismo no habría podido articular entonces— entre saber las respuestas sobre alguien y conocer a esa persona. Era cristiano de la misma manera en que alguien puede ser experto en geografía sin haber salido jamás de su ciudad. Los mapas eran impecables. El territorio, desconocido.

Un viernes por la noche, dos amigos lo invitaron al grupo. Lee fue, pero decidió que iría como abogado del diablo. Tenía preparada una pregunta sobre el libre albedrío y la presciencia de Dios que estaba seguro dejaría a todos sin respuesta. Lo que encontró al llegar lo descolocó desde el principio: el grupo no había venido a discutir religión. Habían venido a hablar de Jesús. De lo que Jesús significaba para ellos. De lo que ellos estaban descubriendo que significaban para Él. Lee se sentó en silencio durante una hora y media y escuchó. Cuando llegó el momento de orar, los jóvenes se arrodillaron y empezaron a hablar con Jesús como uno habla con un amigo. Lee mantuvo los ojos abiertos para ver qué harían. Lo que sintió no lo esperaba: las lágrimas le ganaron de mano. Inclinó la cabeza para que nadie lo viera.

Lo que Lee no sabía era que cuando había cruzado la puerta esa noche, los jóvenes se habían hecho señas discretas entre ellos. Era uno de sus experimentos de oración, y había ido. Decidieron que no dejarían de orar por él en toda la velada. Las oraciones silenciosas subieron mientras Lee escuchaba. Y algo hizo clic.

Cuando los demás se fueron, dos amigos se quedaron y hablaron con él. Le hablaron del nuevo nacimiento. Le hablaron de que Jesús quería ser su amigo. Lee volvió a casa pasada la medianoche siendo, como él mismo diría después, una nueva creación.

A la mañana siguiente se despertó temprano y leyó el libro de Romanos entero. Morris pasó frente a la puerta abierta de su cuarto, vio a su hijo leyendo la Biblia, y volvió a mirar. Fue rápido al pasillo y le dijo a Marilyn: Lee está leyendo su Biblia. Ella tampoco podía creerlo y pasó también por la puerta a verificar con sus propios ojos.

Cuando Lee salió al desayuno, apenas podía contener el entusiasmo. Le dijo a su padre que el cristianismo no se trata de lo que uno hace sino de a quién uno conoce, que a Jesús le interesa más hacerse amigo que evaluar el desempeño, que si llegaban a ser amigos eso transformaría todo. Morris lo escuchó hasta el final. No dijo: *Idiota, esa ha sido la única cuerda de mi violín durante los últimos veinte años.* No dijo nada de eso. Solo dijo: ¿No es maravilloso?

Ese mismo día, Lee fue a la iglesia y se quedó para los dos servicios. En el primero, Morris subió al púlpito y predicó exactamente sobre lo que su hijo le había dicho en el desayuno. Lee, sentado en la primera fila, no podía creer que hubiera logrado meter eso en el sermón tan rápido.

✦ ✦ ✦

Años después, Lee pastoreaba su propia iglesia en Auburn, Washington. Un día, una mujer de su congregación le dejó en la oficina un pequeño libro de bolsillo escrito por un compañero de clase suyo. El autor se llamaba Kenneth Fields, y el libro se llamaba *HIM* —Él. La mujer le contó que a Kenneth las cosas se le habían ido mal, que había terminado devastado, que se había alejado de su trabajo, de su iglesia, de su familia y de su Dios, y que se había ido a algún país lejano del que nadie sabía nada. Lee tomó el libro, lo puso en un estante, y lo dejó ahí durante dos años sin abrirlo.

Un día lo vio y recordó que la mujer le había pedido que se lo devolviera. Pensó que leería los dos primeros capítulos para poder decir honestamente que lo había leído. El segundo capítulo era la historia de Simeón. La forma en que Fields la había escrito lo movió hasta las lágrimas. Cerró el libro, lo dejó caer sobre el escritorio, y se quedó sentado con el llanto corriéndole por las mejillas. Y mientras estaba así llegó una impresión clara: *Llama a Kenneth Fields ahora mismo y dile cuánto significa este libro para ti.*

Lee no tenía su número. La impresión insistió: *Marca información.* Lo hizo. La operadora le dio dos números, uno en Sequim y uno en Port Angeles. Llamó al primero. Un hombre contestó. Lee le dijo que acababa de leer los dos primeros capítulos de su libro y que lo habían conmovido tanto que Dios le había dicho que llamara y se lo dijera.

Del otro lado del teléfono, Kenneth Fields rompió a llorar de manera casi histérica. Cuando pudo hablar, le dijo a Lee que no colgara. Le dijo que él superaba al hijo pródigo multiplicado por diez, que estaba tan lejos en la provincia apartada que hacía frío y había soledad. Le dijo que esa misma mañana había decidido hacer algo que no hacía en años: orar. Se había puesto de rodillas junto al teléfono y le había dicho a Dios: *Si escuchás a pródigos que están tan lejos como este, me gustaría que supieras que quisiera poder volver a casa. Si piensas que alguna vez hice algo por Ti que tuvo valor,*

seguro sería bueno saberlo ahora. Y en ese momento el teléfono había sonado. Lee Venden, dijo Fields, quienquiera que sea, voy a ir a la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Sequim el próximo sábado. Este pródigo vuelve a casa.

✦ ✦ ✦

En enero de 1999, el mejor amigo del hijo de Lee fue diagnosticado con leucemia. Kris y Travis Allen habían sido amigos desde quinto grado —una amistad tan cercana como la de David y Jonatán, según Lee. Kris y su padre estaban en el Hospital de Niños de Seattle la noche en que la familia Allen recibió el diagnóstico. Sin tratamiento, dijeron los médicos, le quedaban semanas de vida. Travis tenía dieciocho años.

El padre de Travis era profesor. La madre, Trinda, era enfermera quirúrgica. Mantenía una vigilia constante junto a su hijo. De noche, mientras dormitaba en una silla junto a la cama, Travis susurraba: *Mamá, ¿estás despierta?* Ella aprendió a pedir que el Señor la despertara cuando era hora de hablar. Y escuchaba a Travis decirle que no quería morir a los dieciocho, que tenía miedo. Ella le pedía que imaginara el rostro de Jesús, que lo tuviera en mente. ¿Podés verlo? Sí, mamá, lo tengo. Entonces enfocáte en su rostro.

Meses después, Travis llegó a la iglesia de Lee un domingo mientras hacían obras de remodelación. Los médicos le habían dicho que andar en bicicleta dañaría irreversiblemente sus articulaciones. Llegó en su BMX, regalo de la Fundación Make-A-Wish. Caminaba con dificultad por el dolor, pero comentaba con entusiasmo cada área remodelada. Lee lo llevó por todo el edificio. Cuando estuvieron parados frente al altar, Lee pensó en silencio que quizás la próxima vez que viera a Travis en esa iglesia sería acostado en ese mismo lugar.

En el vestíbulo Lee le preguntó si seguía interesado en hacer una segunda unción. Travis dijo que sí, pero Lee necesitaba preguntarle algo antes: si Jesús decidía no sanarlo físicamente, ¿estaría preparado para otra decepción? Travis inclinó la cabeza un momento. Después dijo que creía que no había sido claro. Estaba bien con morir. Jesús y él habían resuelto eso hacía tiempo. No estaba pidiendo sanidad —aunque si Él decidía sanar, sería genial. Lo veía más como un acto de consagración, como una boda, algo que sellara que quería ser solo de Jesús.

La segunda unción no pudo hacerse sino hasta el 30 de septiembre de ese año. Un jueves por la tarde Travis tuvo que volver al hospital. El dolor era tan intenso que debieron sedarlo, y lo pusieron en una habitación insonorizada porque sus gritos angustiaban a otros pacientes. El padre llamó a Lee. Le dijo que no quería que su hijo despertara con ese dolor. Que quizás era la última vez que habían hablado.

Lee llegó con el profesor de Travis. Los llevaron a la habitación donde el muchacho dormía profundamente. Lee pidió una oración antes de empezar, le pidió a Dios que hiciera posible que Travis supiera lo que estaba ocurriendo. Cuando abrió los ojos, Travis lo miraba. Sonrió y dijo: Gracias por venir.

Los padres se arrodillaron a un lado de la cama. Lee y el profesor, del otro. Cuando comenzó la oración, Lee sintió que el coraje de ese joven de dieciocho años lo abrumaba. Se quebró en llanto. De repente sintió una mano en su cuello. Era Travis, que los consolaba a él y al padre de Travis, como diciéndoles que todo iba a estar bien, que estaban hablando con la Persona correcta.

Cuando terminaron, cantaron juntos *Estoy bien con mi Señor*. Lee le dijo a Travis que había peleado la buena batalla, que estaba por terminar la carrera, que cuando cruzara la meta entraría en una ciudad de oro. Travis

respondió: Y me arrodillaré a Sus pies. Y miraré Su hermoso rostro. Y arrojaré mi corona ante Él. Y con gusto volvería a quedarme calvo si eso ayudara a darle gloria.

El 24 de octubre, Travis despertó a sus padres de madrugada. Necesitaba ir al hospital. Les dijo en el camino que creía que sería su último viaje. Su sangre se había vuelto tan delgada que se filtraba en su cavidad abdominal. Pararon en un restaurante Denny's. Tom llevó a Travis al baño. Escogieron el baño para discapacitados. Tom notó los zapatos de alguien en el cubículo contiguo.

Travis pidió a su mamá. Trinda entró. Él dijo que no podía respirar. Entonces el hombre del cubículo contiguo habló: *Vas a estar bien, Travis.* Tom llamó al 911. Travis le dijo a su mamá que creía que se estaba muriendo. El hombre respondió: *Vas a estar bien, Travis. Estoy aquí.* Trinda le dijo que escuchara esa voz. Llegó la ambulancia. Cuando llevaban a Travis en la camilla, el hombre salió y se arrodilló junto a su cabeza.

— ¿Es usted su padre? —preguntó el paramédico.

— No —dijo—. Soy su amigo.

Lo ayudó a cargarlo. El informe mencionó la ayuda de un extraño. Nadie supo su nombre ni cuándo se fue. Travis fue trasladado en helicóptero. Sus padres llegaron primero. Estaban con él cuando su corazón dejó de latir.

✦ ✦ ✦

Morris vivió sus últimos doce años con una enfermedad llamada FTD —demencia frontotemporal, también conocida como enfermedad de Pick. Cuando el neurólogo del Centro Médico de la Universidad de Loma Linda dio el diagnóstico, le dijo a Marilyn que el Alzheimer habría sido una alternativa bienvenida. La enfermedad tardó doce años en matarlo.

Durante ese tiempo, la calidad de vida se fue reduciendo por pulgadas, y los que lo amaban esperaban que fuera más rápido de lo que fue.

Lee viajaba constantemente. Él y su esposa Margie tenían la agenda reservada con dos años y medio de anticipación. A medida que la muerte de Morris se acercaba, Lee sostenía una oración: poder estar con su padre cuando muriera. No quería que estuviera solo.

La semana en que Morris murió, Lee estaba haciendo un seminario en su propia comunidad. La reserva había sido hecha tres años antes, exactamente para esa semana. Cada noche iba al seminario. Después dejaba el seminario, iba al centro de cuidados donde estaba su padre, y mantenía vigilia junto a su cama durante la noche. El hospicio decía que calculaban que solo eran horas. Morris seguía aguantando.

Era viernes por la noche. La última etapa de la enfermedad se parecía a la esclerosis lateral amiotrófica: no podía tragar, no podía hablar. Lee sostenía la mano de su padre y escuchaba su respiración dificultosa. Tenía el corazón pesado. Estaba orando por consuelo.

A las 11:30 de la noche el teléfono sonó. Era un amigo llamado Paul. Le dijo a Lee que se acababa de enterar de que estaba al lado de su padre manteniendo vigilia, y que sabía que estaba solo. Le dijo que estaba parado en la puerta principal del centro. Que si Lee le abría, entraría y se sentaría con él.

Lee fue y abrió la puerta. Paul se sentó de un lado de la cama sosteniendo la mano de Morris. Lee se sentó del otro. Después Lee diría que Jesús tenía piel humana y estaba sentado al otro lado de la cama con él.

Morris Venden murió el 10 de febrero de 2013.

✦ ✦ ✦

Lee tiene una pequeña fantasía. La imagina así: en el momento en que se reparten las coronas, Jesús se da vuelta hacia una mesa y toma una corona con un número increíblemente grande de estrellas. Todos los que alguna vez le dijeron a Lee que fue el mensaje de su padre lo que los ayudó a conocer a Jesús miran esa corona y dicen: apuesto a que esa va a ser para Morris. Jesús la recoge, camina hacia Morris, y luego pasa justo de largo y se la pone en la cabeza a Lynn.

Porque Lynn no tiene idea de cuántas personas encontraron a Jesús debido a su discapacidad.

Epílogo

Cuando uno termina de leer un libro que lo cambió, no sabe bien qué hacer con las manos.

Los libros de Morris Venden me ocuparon las manos durante siete años. Primero leyéndolos. Después traduciéndolos. Después compartiéndolos. Eran escalones —esa es la mejor imagen que tengo— escalones que alguien había tallado en la piedra para que otros pudieran subir. Yo subí. Y en algún punto del camino dejé de necesitar los escalones para saber hacia dónde ir. Empecé a hacer mis propios estudios, mis propias predicaciones, mis propios libros. Empecé a buscar yo mismo, pidiendo al Espíritu Santo, las joyas escondidas en la Palabra. Morris Venden fue la piedra angular de ese edificio —el primero que me enseñó que el cristianismo no es un sistema de reglas sino una amistad, que la vida espiritual no se practica sino que se vive en compañía.

Como todo buen maestro, hizo lo que los mejores maestros hacen: se volvió prescindible.

✦ ✦ ✦

Tardé en leer a Lee Venden. Tenía mis prejuicios: pensaba que iba a ser algo diluido del padre, una versión más pálida de lo que ya conocía. Me equivoqué. El libro de Lee —*Todo Se Trata de Él*— es la pieza más compacta, práctica e instructiva que conozco sobre cómo tener una relación profunda e íntima con Jesús. Durante años, si alguien me preguntaba qué libro recomendaría para empezar, yo decía *El Camino a Cristo* de Elena White. Hoy digo el libro de Lee Venden primero, y *El Camino a Cristo* como segundo paso en el mismo camino.

Hay algo que no esperaba encontrar en ese libro: el hijo que apareció en las páginas de este. El mismo Lee que un viernes de su último año de secundaria llegó al grupo de su padre como abogado del diablo y terminó llorando. El mismo que pastoreó su propia iglesia, que sostuvo la mano de Travis Allen en una habitación insonorizada, que abrió la puerta a las 11:30 de la noche para que Paul entrara y se sentara junto a Morris mientras su respiración se volvía más lenta. Lee resultó ser alguien con la misma fibra del padre —no porque lo imitara, sino porque los dos habían conocido a la misma Persona, y esa Persona los había formado por caminos distintos hacia el mismo punto.

El árbol y la rama no se parecen en la forma. Se parecen en la raíz.

✦ ✦ ✦

Fue Ismir Muñoz, cantante y compositor adventista, quien me dio la noticia sin saber que me estaba dando mucho más que eso. Nos habíamos conocido en un encuentro de Momentos a Solas con Cristo. Cuando supo que me gustaba Morris Venden, me regaló uno de sus libros: *El milagro de la conversión*. Le dije que algún día me encantaría conocerlo en persona, darle un abrazo, agradecerle. Ismir se rió con calma y me dijo: vas a tener que esperar la segunda venida, porque el pastor Morris Venden falleció hace algunos años.

No lo sabía. Esa noticia fue la que convirtió un deseo vago en una conversación con Jesús. Y esa conversación, con el tiempo, en este libro.

✦ ✦ ✦

Hay una cosa que le digo a Jesús de vez en cuando. Se la digo cuando imagino ese momento en que Él venga, y la voz suene, y los muertos despierten, y los que quedamos seamos transformados en un instante. Sé lo que haré en los primeros minutos. Primero lo abrazaré a Él —eso está fuera

de discusión. Después a mi familia. Después, si me lo permite, quiero encontrar a Morris Venden.

Quiero decirle que traduje todos sus libros. Que más del ochenta por ciento de ellos no estaban en español, y los pasé a nuestro idioma uno por uno, con Jesús sentado al lado. Que las *95 Tesis* llegaron a personas que no podían leer bien la copia que circulaba, y que un amigo en Estados Unidos apareció de la nada —en realidad no de la nada— con el libro para completar la parte que faltaba. Que *Cómo Conocer la Voluntad de Dios para tu Vida* llegó desde ese mismo país como regalo de cumpleaños, en el momento exacto en que me faltaba. Que *La Respuesta es la Oración* lo busqué durante casi un año hasta que Jesús me lo puso delante en una página perdida, con una llave en la tapa que se parecía demasiado a la imagen que había visto mientras oraba esa misma semana. Que le hicieron bien a muchísima gente. Que me hicieron bien a mí.

Y quiero decirle que escribí un libro sobre su vida.

No una enciclopedia, ni un análisis académico, ni una lista de logros. Un libro que cuenta quién era él —de dónde venía, qué le dolió, a quién amó, cómo Dios usó cada una de esas cosas. Un libro que empieza con su abuelo noruego guardando el sábado solo, con su Biblia, sin conocer a ningún otro adventista en el mundo. Y que termina con Lee abriendo una puerta a las 11:30 de la noche.

Quiero mirarlo a los ojos y decirle lo que dice el título.

Gracias, Morris Venden.

Fuentes

Este libro es una narrativa de no-ficción biográfica. El material testimonial y biográfico proviene íntegramente de las fuentes listadas a continuación, compiladas y organizadas por el autor.

Libros de Morris Venden (42 títulos, 1976–2018)

Incluyendo: El Espíritu Santo y los reavivamientos modernos (1976), Salvación por fe y tu voluntad (1978), Del éxodo al advenimiento (1979), Fe en acción (1980), Buenas noticias y malas noticias acerca del juicio (1982), Los pilares (1982), Cómo hacer realidad el cristianismo (1982), El Retorno de Elías (1982), Cómo conocer a Dios —Un plan de 5 días (1983), Terreno Común (1984), Terreno Poco Común (1984), Terreno Más Alto (1984), Lo Que Jesús Dijo Acerca De (1984), Obediencia por Fe (1985), Uvas (1986), Su Amigo, el Espíritu Santo (1986), Parábolas del Reino (1986), 95 tesis sobre la justificación por la fe (1987), Cómo conocer la voluntad de Dios para tu vida (1987), Aquí Vengo, Estés Listo o No (1988), La Respuesta es La Oración (1988), Amor, matrimonio y justificación por la fe (1989), Es Difícil Perderse (1991), Ama a Dios y haz lo que quieras (1992), Dios Dice, pero Yo Pienso (1993), Maná matinal (1993), El Último Tranvía en Salir (1995), Nunca Sin Un Intercesor (1996), Es A Quién Conoces (1996), Ser o No Ser Perfecto (2001), Maravillosas Palabras de Vida (2004), ¿Por qué no me lo dijeron? (2005), El Milagro de la Conversión (2009), Justificación por la fe y el mensaje de los tres ángeles (2018), entre otros.

Testimonios de Lee Venden (hijo de Morris Venden)

Series de videos: More About Jesus (con Morris Venden), It's All About Him. Libro: Todo Se Trata de Él (Lee Venden).

Testimonios adicionales

Testimonio de la hija de Morris Venden sobre el sermón de la Muralla. Material sobre el defecto de habla de la hermana Perkins. Wikipedia: Morris Venden.

Compilación del material fuente: Nicolás Bertoa · jesusyyo.com